

RETABLO FESTIVO DE MAESE PEDRO

Pedro LOZANO BARTOLOZZI

plozano@unav.es

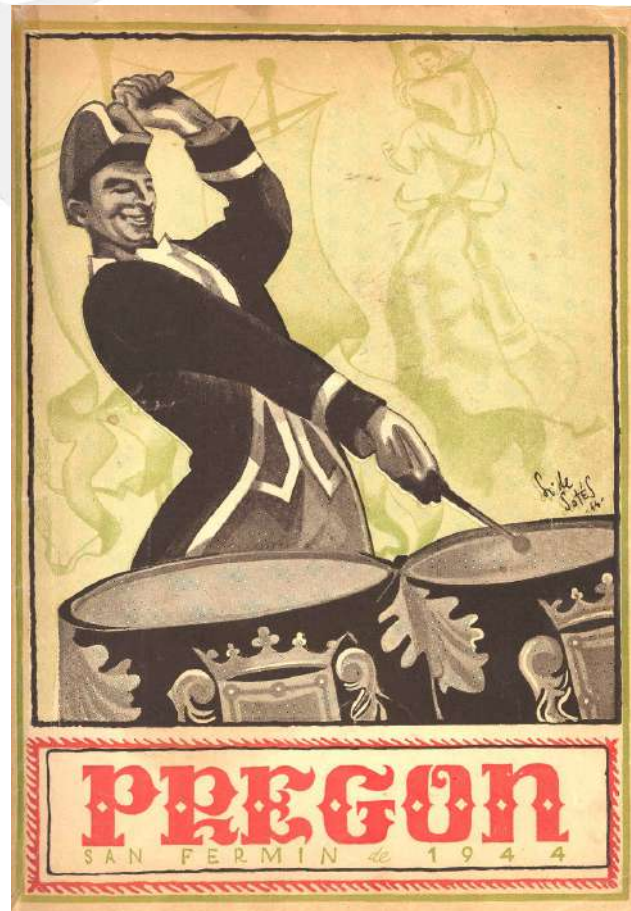
Érase una vez el sortilegio de una ciudad transmutada en capital mundial de la alegría y la fiesta. Érase el bullicio triunfante, la algarabía de una mutildanza descomunal. Érase que se era Pamplona por San Fermín.

El autor, dubitativo y algo perplejo, se enfrenta a sus nostalgias, evocaciones, sueños y peripecias sanfermineras que vivió de mozo, que escribió de periodista y que por jugarreta del tiempo se atreve a volver a narrar desde el escenario siempre teatral y melancólico de una veteranía transfuga de memorias luchadoras contra el olvido.

He escogido el título de Retablo para este artículo porque me gustaría que así fueran para el lector las páginas que asoman en este teatrillo de entremeses y cuadros, de actores y cómicos de la legua, de fondos escenográficos y carretas de farándula, pero con una peculiaridad añadida; al igual que ocurría en el cervantino retablo de Maese Pedro el titiritero, que claro, es quien esto escribe, asoma también su cabeza entre los muñecos, las danzas, músicas, diálogos y parloteos. Contaré por tanto lo que yo veo y así lo pintaré en un relevo de estampas coloristas, en un zapateo de cabriolas.

ARRIBA EL TELÓN
Señoras y señores, empieza la función. Os voy a contar el hechizo brujeril, o tal vez milagroso, de un suceso real, de un espectáculo que parece un cuento, pero es un festejo de secular ejecutoria, hoy algo oxidada y cuestionada, pero de muy alta alcurnia mal que pese a algunos malandrines de aviesas intenciones. Es una historia que renace todos los años tras el estampido sonoro y rotundo de un cohete: el chupinazo.

Es un rito edilicio y artillero, ahora ofrecido en homenaje popular, en medalla de pólvora ciudadana. El sol y el ruido emborrachan la plaza, atestada de gentes brincantes en una pleamar de pañuelos rojos, con los balcones desbordados, bajo las torres de San Cernin y su gallico. Al dar las doce, sube veloz y silbante el cohete lanzado desde los balcones del Ayuntamiento. Retumba rasgando en dos el azul y el calendario. Todo cambia. Suenan las músicas, saltan las gentes, bailan, dan vueltas y vueltas. Se desborda un remolino que inunda las calles. Como dijo el irunsheme americano Hemingway, "la fiesta estalló. No hay otra manera de expresarlo."



Firmas en fiestas

Cuentan las crónicas antiguas que este parto glorioso de todos los julios son fiestas patronales en honor a San Fermín, pamplonés, obispo de Amiens donde murió martirizado. Su efigie en altares y pinturas se ha ido modernizando y transformando en broches, collares, pulseiras, postales, prendedores, fíbulas y hasta muñecos de peluche. ¡Qué cosas veredes!

Antes la festividad se celebraba en octubre, creo que el día diez, con solemnes cultos religiosos, corridas de toros y ferias de ganado. Sin embargo os diré que por ser fecha otoñal no resultaba muy propicia para festejos, y las autoridades, con buen criterio, decidieron en 1590 adelantar la efeméride al primer domingo de julio que coincidió, diabluras del destino, con el día siete del mes siete. Y así mucho tiempo más tarde la mocina se puso a cantar el no menos célebre "uno de enero, dos de febrero..."



Los sabios que han escrito de esto, y han sido muchos, consideran que los sanfermines hunden sus raíces en el modo de ser del pueblo, alma y cuerpo de tan renombrado jolgorio, cuya alegría contagiosa ha atraído a multitud de curiosos y visitantes, gentes de tierras hermanas y hasta exóticos forasteros de allende los mares.

POR ORDEN DEL SEÑOR ALCALDE

El bando de la alcaldía es de obligado cumplimiento, la fiesta ha empezado y todo quisque a divertirse. La calle es el principal ágora para enmarcar el programa oficial y oficioso. Los pamploneses desean a todos, sean como sean, unas fiestas sanas, no excluyentes, no xenóforas, no manipuladas, no sexistas, no violentas, no intolerantes, pero respetuosas con nuestra herencia tradicional, con un legado junto a la apertura cordial a novedades y cambios. Sin patosos, sin acosadores, sin mala leche, sin falsa propaganda de quienes anuncian una ciudad sin ley.

Las dianas abren la alborada. Hay todavía anís en la madrugada. Y churros y sopas de ajos de cansancio. Se impone el deber de despabilar al personal y volver a meterlo en juerga, pues ya se sabe que los sanfermines son la demostración de que es posible el movimiento continuo. Las dianas son una especie de llamada al combate contra el aburrimiento.

El encierro es el centro de la fiesta, la consagración, el rito de iniciación de la tribu. Es una exhalación, un grito contenido y multitudinario que puede acabar en emoción o en drama. Se corre en un tiempo eterno, que en realidad son pocos minutos y a lo largo de 875 metros.

Comienza con el retumbar de cohetes y con ellos también termina. Primero cantos y rezos y goras al Santo. Luego ya se sabe, cuesta arriba de Santo Domingo, plaza Consistorial, curva de Mercaderes, enfilando Estafeta hasta desembocar en el callejón y abrirse en abanico dentro de la plaza, donde esperan los dobladores.

Los toros corren sueltos en manada, abriéndose paso entre cientos de mozos con el corazón en un puño; es como un maratón olímpico ante el asombro y temor de las gentes. Ante la sorpresa temerosa de millones de televidentes, de internautas digitales, del fogonazo de cámaras y fotógrafos.

SAN FERMÍN TE BENDECIRÁ

Entre olor a flores y padrenuestros pasea la efigie de San Fermín. Como escribió Iribarren, "la procesión tiene algo de rito ancestral y desfile antiguo, donde los estamentos representativos de la vida ciudadana se funden en medieval

y democráticas Cortes callejeras." Han pasado los gigantes y cabezudos, las doradas cruces parroquiales, los pendones de gremios y cofradías. Siguen dantzaris, timbaleros y maceros y los concejales de frac y los guardias de gala... Queda el Santo, la efigie morena bendiciendo la ciudad desde su pedestal, entre jotas y aplausos.

Los dantzaris de Pamplona encarnan los bailes autóctonos de nuestro antiguo Reino. El atuendo, diseñado por Pedro Lozano y Francis Bartolozzi, está inspirado en la chaqueta roncalesa, en el calzón corto de los danzantes de Nuestra Señora de Muskilda, en las cintas a la espalda de los Volantes de Valcarlos y en las *makilas* de Lesaka. Las espadas de mentirijillas de los *gorris* escoltan la bandera de la ciudad. Y ellas, las *muetas*, van de *neskas politas*.

Del variopinto paisanaje que puebla la ciudad, feriantes, revendedores, barraqueros, pícaros, mozos australianos, toreros, músicos, frailes, jotos, carteristas, camareros y concejales, las más extrañas y queridas criaturas son los gigantes, cabezudos, *kilikis* y *zaldikos*.

Esta descomunal comparsa asombrará al mismísimo Don Quijote. Está formada por

cuatro parejas de reyes, que según Tadeo Amorena que los trajo al ser en 1860, "representan a las cuatro partes del mundo: Europa, Asia, África y América. Ciertamente que falta la Oceanía y que los indios americanos son negros, cosas de la libertad del artista."

Los gigantes van precedidos de una cohorte de pensativos cabezudos y tropa de *kilikis* que sostienen desigual combate a vergazo limpio con la alborotada chiquillería, mientras suenan gaitas y tambores. Todos los personajes tienen curiosos nombres. El más célebre, que ha sido varias veces cartel sanferminero, es Caravinagre.

SINFONÍA EN BLANCO Y ROJO

El sol parte en dos la plaza de toros. Los tendidos bullen y se encrespan en un condenado guirigay. Es el momento cumbre de la tarde, la merienda, con insólitos condimentos como magras, ajoarriero, estofado, chilindrón y hasta maza-pán o polvorones. Y por supuesto vino y cava a raudales. Toreros, picadores, banderilleros, monosabios y alguacillos hacen lo que pueden y reciben broncas o trofeos entre vivas a Eurovisión y la madre que los parió. Grana y oro, tabaco y oro, nazareno y plata. Las peñas brincan entre pitos y pasodobles. Es la Feria del Toro.

La gastronomía es otro capítulo esencial de la fiesta, presente en muy distintos fogones culinarios y en lugares y horas más inesperados. Por supuesto destacan los almuerzos de los mozos y veteranos castas en rincones de lo viejo, en bancos y mesas de madera con manteles a cuadros o de papel y las comidas y cenas y recenas en tascas, *txokos*, sociedades y restaurantes de postín. La carta es tan amplia como popular. Desde el *txistor* y los huevos fritos, al poteo y disfrute de pinchos extraordinarios.

La sonoridad estruendosa del culto a Euterpe es de imposible clasificación. Aquí se oye de todo: gaitas, cornetas, tambores, acordeones, violines, chistus, guitarras, flautas, bombos, charangas y fanfarrias, artilugios electrónicos, donnicanores, los timbales y clarines de galoneada pose y la reina de las bandas, la incansable y omnipresente Pamplonesa.

De "sinfonía en blanco y rojo" acostumbraban a titular los reporteros finolis sus crónicas, aludiendo a esta uniformidad de vestimenta que ahora se ha impuesto, no se sabe muy bien si por los comerciantes, los sastres que ya



Firmas en fiestas

no existen o el mimetismo televisivo. Como tantas tradiciones folclóricas y ancestrales, es moda reciente. Basta con ojear las fotografías de antaño para asombrarnos al descubrir que había mozos con boinas y blusones negros corriendo el encierro y hasta gente con traje y corbata y sombrero canotier tomando el vermú en las terrazas de los cafés. Incluso se ven en cortos pelicularos que parecen coetáneos de Charlot, a damiselas con pamelas, vestidos de largas faldas floreadas y sombrillas. Y guardias muy serios, émulos de los *bobbies* londinenses. ¡Oh tempus! ¡Oh mores!

EL ENIGMA DEL MOVIMIENTO CONTÍNUO

Los sanfermines no son uno sino muchos a la vez. Sanfermines mil. Hay para todos, chicos y grandes, propios y extraños, puristas y alienígenas, euskaldunes y californianos, cuencos y polinesios. Cierto que existe un programa oficial, anchuroso, apretado, minucioso y reiterativo. Dianas, encierro, deporte rural, capeas, conciertos, exposiciones, jumelajes, lidia taurina, salida de las peñas, circo, barracas, carruseles, verbenas, fuegos artificiales. Además cada cual puede inventarse su propio programa o irse a celebrarlos fuera de aquí, con chupinazos playeros improvisados. También hay momentos en que conviene desca-bezar un sueño aunque sea bajo un árbol o, como en la ranchera, en una cama de piedra.

Y están los silenciosos encierillos nocturnos y el golpeteo de la *txalaparta*, especie de xilofón de madera, que el ejecutante inventa con sus palos y logra ritmos totémicos, contrapunto étnico a las palmeras multicolores

de la pirotecnia, con su lluvia de lentejuelas y lágrimas de oro, chisporroteo de alamares iluminando la noche.

Terminaré este teatrillo, esta función, que según advertí reaparece todos los julios por ensalmo de San Fermín, recordando aquel reto, aquel enigma que desde los físicos babilonios, egipcios y griegos trae de cabeza a tales eruditos: cómo conseguir el movimiento

continuo y el eterno retorno del cambio. Bien fin fácil, queridos espectadores, o más propiamente lectores, cantando el himno glorioso del uno de enero, dos de febrero, tres de marzo... alzando los brazos, volviendo a bailar tras invocar la compungida salmodia del "Pobre de mí...". Esta a pesar de la comitiva de penitentes apagan sus velas cantando en falsete, seguros de volver a emocionarse, de resucitar un año más en la gran cazuela de la plaza consistorial y gritar con fuerza: ¡Viva San Fermín! ¡Gora San Fermín".



Nota: las ilustraciones que acompañan a este artículo son dibujos de Pedro Lozano de Sotés, realizados entre los años 1944 y 1952. ■

